



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

PQ 2505

A. 67

v. 1

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IMPRESA DE PEDRO NÚÑEZ, ESPÍRITU SANTO, 18.



GERMINAL

PARTE PRIMERA

I.

POR medio del llano, en la oscuridad profundísima de una noche sin estrellas, un hombre completamente solo seguía á pie la carretera de Marchiennes á Montson; un trayecto de diez kilómetros, á través de los campos de remolachas en que abundan aquellas regiones. Tan densa era la oscuridad, que no podía ver el suelo que pisaba, y no sentía, por lo tanto, la sensación del inmenso horizonte sino por los silbidos del viento de Marzo, ráfagas inmensas que llegaban, como si cruzaran el mar, heladas de haber barrido leguas y leguas de tierras desprovistas de toda vegetación.

Nuestro hombre había salido de Marchiennes á eso de las dos de la tarde. Caminaba á paso ligero, dando diente con diente, mal abrigado por el raído algodón de su chaqueta y la pana vieja de su pantaloncillo.

Un paquetito, envuelto en un pañuelo á cuadros, le molestaba mucho; y el pobre lo apretaba contra las caderas, ya con un brazo, ya con otro, para meterse en los bolsillos las dos manos á la vez, manos grandes y bastas, de las que en aquel momento casi brotaba la sangre, á causa del frío. Una sola idea bullía en su cerebro vacío, de obrero sin trabajo y sin albergue; una sola: la esperanza de que haría menos frío cuando amaneciese. Hora y media hacía que andaba de tal suerte, cuando allá á la izquierda, á dos kilómetros de Montson, advirtió unas hogueras vivísimas, que parecían suspendidas en el aire, y no pudo resistir á la dolorosa necesidad de calentarse un poco las manos.

Internóse en un camino accidentado. El caminante tenía á su derecha una empalizada, una especie de pared hecha con tablas, que servía de valla á una vía férrea; mientras que á su izquierda se levantaba un matorral, por encima del cual se veía confusa la silueta de un pueblecillo de casitas bajas y tan regulares, que parecían estar hechas bajo un mismo modelo. Anduvo otros doscientos pasos. Bruscamente, al salir del recodo de un camino, volvió á ver las luces y las hogueras ante sí, más cerca,

pero sin que pudiera todavía comprender cómo brillaban en el aire, en medio de aquel cielo oscuro, semejantes á lunas veladas por el humo de un incendio. Pero acababa de llamarle la atención otro espectáculo á raíz del suelo. Era una gran masa, un montón de construcciones, en el centro de las cuales se levantaba erguida la chimenea de una fábrica; algunos destellos de luz salían de las ennegrecidas ventanas; cinco ó seis faroles tristes y sucios se veían en el exterior, colocados en postes de madera; y de en medio de aquella aparición fantástica envuelta en humo y en oscuridad, salía un fuerte ruido: la respiración gigantesca del escape de una máquina de vapor que no se veía.

Entonces el hombre comprendió que aquello era una mina. Pero le dió vergüenza acercarse. ¡Así como así, no había de haber trabajo! En vez de dirigirse hacia el edificio, se decidió á acercarse hacia la plataforma, donde ardían tres hogueras de carbón de piedra, en canastillos de hierro, para alumbrar y calentar á los que trabajaban. Los obreros empleados en el corte, debían haber trabajado hasta muy tarde, porque aún estaban sacando tierra y piedra. Desde allí vió á los mineros empujando los trenes, y distinguió sombras vivientes volcando las carretillas y haciendo montones de hulla alrededor de las hogueras.

—Buenas noches—dijo, acercándose á una de ellas.

El carretero, que era un viejecillo vestido con un

capote de lana morada, y abrigada la cabeza con una gorra de piel de conejo, estaba en pie, de espaldas á la lumbre, mientras que el caballo, un penco tordo, esperaba, con la inmovilidad de una estatua, á que desocuparan las seis carretillas que arrastraba. El obrero empleado en esta faena, un mozo de cabellos rojos, no se daba prisa, tomando con calma la operación de ir aumentando el montón de hulla.

—Buenas noches—respondió el viejo.

Hubo un momento de silencio. El hombre, al advertir que le miraban con desconfianza, se apresuró á decir su nombre.

—Me llamo Esteban Lantier, y soy maquinista... ¿No hay trabajo por aquí?

Las llamas de la hoguera le iluminaban, y merced á ellas se veía que representaba veinte ó veintiún años, que era moreno, guapo y de aspecto fuerte, á pesar de sus facciones delicadas y sus miembros pequeños.

—¿Trabajo para un maquinista? no, no... Ayer mismo se presentaron otros dos. No lo hay.

Una ráfaga de viento les cortó la palabra. Luego Esteban, señalando al montón sombrío de los edificios que había al pie de la plataforma, preguntó:

—Es una mina, ¿no es verdad?

El viejo no pudo contestar. Un violento acceso de tos se lo impidió. Al fin escupió, y su saliva dejó una mancha negra en el suelo, enrojecido por la brasa.

—Sí, una mina; *La Voreux*... ¡Mirad el barrio de los obreros!

Y señalaba, con el brazo extendido, el pueblecillo. Pero las seis carretillas-vagones estaban vacías, y el viejo hizo crujir la tralla que llevaba en la mano, andando con trabajo á causa de los dolores reumáticos que atormentaban sus piernas. El caballo echó á andar, arrastrando las carretillas por los rails, en medio de un nuevo vendaval que le erizaba las crines.

La Voreux iba apareciendo más distintamente á la vista de Esteban, que, mientras calentaba en la hoguera sus ensangrentadas manos, miraba y distinguía cada una de las partes de la mina, el taller de cerner, la entrada del pozo, la anchurosa estancia para la máquina de extracción y la torrecilla cuadrada de la válvula de seguridad y de las bombas de trabajo. Aquella mina, abierta en el fondo de un precipicio, con sus construcciones monótonas de ladrillos, elevando su chimenea de aspecto amenazador, le parecía un animal extraño, dispuesto á tragarse hombres y más hombres. Mientras la examinaba con la vista, pensaba en sí mismo, en su vida de vagabundo durante los ocho días que llevaba sin trabajo y buscando inútilmente dónde colocarse; recordaba cuando se veía en su taller del ferrocarril, donde había abofeteado á su jefe, siendo despedido, á causa de ello, de allí, y de todas partes después; el sábado había llegado á Mariennes, donde decían que había trabajo; pero

nada; se había visto obligado á pasar el domingo escondido en la caseta de una cantera, de donde acababa de expulsarle el vigilante nocturno á las dos de la madrugada. No tenía ni un céntimo, ni un pedazo de pan: ¿qué iba á hacer en semejante situación, sin saber en dónde buscar un albergue que le resguardara del frío?

El obrero que descargaba las carretillas ni siquiera había mirado á Esteban, y ya iba éste á recoger del suelo el paquetito que llevaba, para continuar su camino, cuando un golpe de tos seco anunció el regreso del carretero.

Viósele luego salir lentamente de la oscuridad, seguido del caballo tordo, que arrastraba otras seis carretillas cargadas de mineral.

—¿Hay fábricas en Montson?—preguntóle el joven.

—¡Oh! Fábricas no faltan—respondió.—Hace cuatro ó cinco años había que verlas y ver esto. Por todas partes se trabajaba, hacían falta obreros, jamás se había ganado tanto... Pero ahora... ahora se muere uno de hambre. Es una desolación; de todos lados despiden trabajadores, y los talleres y las fábricas van cerrándose unos tras otros... No digo yo que tenga la culpa el Emperador; pero, ¿á qué demonios se va á guerrear en América? Además, animales y personas se mueren del cólera que es un portento.

Entonces los dos continuaron lamentándose con frases entrecortadas y acento de desesperación. Es-

teban relataba sus gestiones inútiles desde hacía una semana: ¿tendrían que morir de hambre? Pronto los caminos se verían llenos de gente pidiendo limosna.

—Sí—decía el viejo,—y esto acabará mal; porque Dios no tiene el derecho de dejar morir así á sus hijos.

—No todos los días se come carne.

—¡Toma! ¡Si siquiera se pudiera comer pan!...

—¡Es verdad; si hubiera siempre pan!

—¡Mirad!—dijo el carretero, volviéndose hacia el Mediodía;—allí está Montson...

Y con la mano extendida de nuevo, y señalando en la oscuridad puntos invisibles á medida que los nombraba: allí, en Montson, la fábrica de Fauvelle trabaja todavía, aunque mal; la de Hoton acaba de disminuir el personal, y solamente las de Dutilleul y Bleuze, que hacen cables para minas, siguen trabajando.

Luego, con un gesto elocuente, señaló al horizonte por la parte Norte: los talleres de construcción de Someville, no han recibido ni la tercera parte de sus pedidos acostumbrados; en las fundiciones de Marchiennes se han apagado multitud de hornos, mientras que en la fábrica de vidrio de Gagebais hay conatos de huelga, porque se habla de disminuir los jornales.

—Ya lo sé, ya lo sé—repetía el joven á cada indicación;—ya lo sé; vengo de allí.

—Aquí vamos bien hasta ahora—añadió el ca-

rrero.—Estas minas no han disminuído mucho la extracción; pero, mirad, allí enfrente, en *La Victoria*, ha aflojado mucho el trabajo.

Escupió y volvió á echar á andar detrás de su soñoliento caballo, después de haberlo uncido al tren de carretillas vacías.

En aquel momento Esteban dominaba todo el país. Las profundas tinieblas no habían desaparecido, pero la mano del anciano le había hecho ver á través de ellas multitud de miserias que el joven sentía inconscientemente que le rodeaban por todas partes. ¿No eran gritos de hambre lo que llevaban consigo aquellas ráfagas de viento frío de Marzo, á través de aquellos áridos campos? Y el vendaval continuaba arreciando, y parecía llevar consigo la muerte del trabajo, una epidemia que había de causar muchas víctimas. Esteban se esforzaba por sondear las tinieblas, atormentado por el deseo, y á la vez por el temor de ver. Todo continuaba, sin embargo, oculto en el fondo de la sombra de aquella noche oscura, y no conseguía distinguir sino allá, á lo lejos, los resplandores de las hogueras de otras minas. Tenían todo el triste aspecto de un incendio, porque no se veían brillar más astros en el amenazador horizonte que los fuegos nocturnos propios de los países de la hulla y del hierro.

—¿Sois belga, quizás?—replicó á espaldas de Esteban el carretero, que acababa de hacer otro viaje.

Esta vez no llevaba más que tres carretillas, que había tiempo sobrado de descargar, porque acababa de ocurrir en la mina un accidente, la rotura de un cable del ascensor, que hacía que se interrumpiese el trabajo de extracción durante media hora. Al pie de la plataforma reinaba entonces el más profundo silencio, porque los obreros habían interrumpido su tarea, y sólo se oía allá abajo el golpear de los martillos sobre el hierro para reparar la avería.

—No; soy del Sur,—respondió el joven.

El que descargaba las carretillas, después de vaciar aquellas tres, se sentó en el suelo á descansar, contento de que hubiese ocurrido el accidente; pero continuaba mudo como antes. No había hecho más que dirigir al carretero una mirada, que parecía decirle que le extrañaba tanta charla. Y es que, en efecto, el viejo no hablaba tanto de ordinario. Evidentemente la fisonomía del desconocido le había sido simpática, ó se hallaba en uno de esos raros momentos de expansión, que á veces hacen hablar á los viejos en voz alta, aunque estén solos.

—Pues yo soy de Montson, y me llamo *Buena-muerte*.

—¿Será un apodo?—preguntó Esteban admirado.

El viejo hizo un movimiento de satisfacción, y señalando á la mina, contestó:

—Sí, sí por cierto... Me han sacado de allí dentro, tres veces, medio muerto; una vez, con la piel

de la espalda destrozada; otra, de entre los escombros de un hundimiento, y la tercera medio ahogado... Al ver que no reventaba nunca, me llamaron en broma *Buenamuerte*.

Y redobló la satisfacción que demostraba, estremeeciéndose como cuando un pollo se sacude las plumas, y acabando por verse acometido de un violentísimo acceso de tos. El reflejo del brasero de carbón alumbraba en aquel instante su cabeza enorme, cubierta por escaso cabello completamente blanco, y su cara achatada, pálida, casi lívida y salpicada de algunas manchas moradas. Era de baja estatura, tenía un cuello enorme como el de un toro, las pantorrillas salientes, y los brazos tan largos, que sus manazas caían hasta más abajo de las rodillas. Además, pareciéndose en esto á su caballo, guardaba tal inmovilidad á pesar del viento, que cualquiera hubiera creído que era de piedra al ver que no le hacían mella ni el frío intenso, ni las terribles rachas del vendaval.

Esteban le miraba.

—¿Hace mucho tiempo—le preguntó—que trabajáis en las minas?

Buenamuerte abrió los brazos, exclamando:

—¿Mucho tiempo?... ¡Ya lo creo!... Mirad, no había cumplido ocho años, cuando bajé por primera vez precisamente á esa, á *La Voreux*; y tengo ahora cincuenta y ocho. Conque, echad un cálculo... Ahí dentro he hecho de todo: fui aprendiz, después arrastrador, cuando tuve fuerzas para ello;

luego cortador de arcilla durante dieciocho años; luego, á causa de estas pícaras piernas, que se empeñaron en no ser buenas, me pusieron en la brigada de barrenos; después fui barrendero; me dedicaron también á las composturas del material, hasta que se vieron precisados á sacarme de abajo, porque el médico decía que me quedaría allí. Entonces, hace cinco años de esto, me dedicaron á carretero... Conque, ¿qué tal? ¡No es poco cincuenta años de mina, y de ellos cuarenta abajo, en el fondo!

Y mientras hablaba, algunos pedazos de hulla incandescente, que caían del brasero, iluminaban de vez en cuando su pálido semblante, dándole un aspecto verdaderamente extraño.

—Me dicen que descanse—continuó.—Pero yo no les hago caso: ¡no sería poco tonto! Sea como sea, he de tirar los dos años que me faltan para llegar á sesenta, á fin de atrapar la pensión de ciento ochenta francos. Si yo me despidiese hoy, se apresurarían á concederme la de ciento cincuenta. ¡Si serán pícaros!... Además, soy fuerte, excepción hecha de las piernas, y esto consiste en la pícara agua que me entró entre la carne y el pellejo á fuerza de mojarme en las galerías. Hace dos días que no puedo mover una pata sin dar gritos.

Otro golpe de tos le interrumpió de nuevo.

—¿Toséis por eso también?—dijo Esteban.

Pero el viejo dijo que no con la cabeza, violentamente, y luego, cuando pudo hablar, añadió:

—No, no; es que me resfrié el mes pasado. Nunca he tosido, y ahora no sé cómo librarme de esta maldita tos... Lo más raro es que escupo, y escupo sin parar...

Volvió, en efecto, á escupir una sustancia negruzca.

—¿Escupís sangre?—dijo Esteban, atreviéndose al cabo á preguntarle.

Buenamuerte se enjugó los labios con el revés de su velluda mano.

—Es carbón. Tengo en el cuerpo más del que necesitaría para calentarme hasta que me muera. Y eso que hace cinco años que no bajo á las galerías. Parece que lo tenía almacenado, sin sospecharlo siquiera. ¡Bah! ¡Esto conserva!

Hubo un momento de silencio. Los martillazos continuaban allá en el fondo de la mina, y el viento pasaba quejándose, como si llevara consigo gritos de hambre y de cansancio que arrancaran de las profundidades de la oscuridad. Calentándose á la lumbre, el viejo seguía evocando sus recuerdos. ¡No era un día ni dos los que llevaba arrancando mineral! Su familia trabajaba para la Compañía minera de Montson desde la fundación de ésta, y databa de antiguo, ¡de ciento seis años! Su abuelo, Guillermo Maheu, que entonces era un mozo de quince años, había sacado carbón de *Requillard*, la primera mina de la Compañía, un pozo antiguo que ya estaba abandonado, cerca de la fábrica de Fauvelle, habiendo descubierto un filón

nuevo, que por cierto se llamó el *Filón Guillermo*, del nombre de su abuelo. Él no le había conocido. Era, según decían, un buen mozo, fuerte y robusto, que se murió de viejo á los sesenta años. Luego su padre, Nicolás Maheu, á quien llamaban *El Rojo*, sucumbió á los cuarenta años escasos, en el fondo de *La Voreux*, que estaban abriendo entonces; murió enterrado, á causa de un desprendimiento; la arcilla de carbón se sorbió su sangre, y las rocas trituraron sus huesos. Más tarde, dos tíos suyos, y después tres hermanos, se habían dejado allí el pellejo también, y él, Vicente Maheu, que había sabido escapar menos mal, aunque con las piernas destrozadas, pasaba por muy hábil. ¡Y qué se había de hacer, si era necesario trabajar! Eso venían haciendo de padres á hijos, como hubieran podido dedicarse á otra cualquier cosa. Su hijo, Manuel Maheu, se reventaba ya trabajando allí, lo mismo que sus nietos y que toda su familia, que vivían enfrente, en uno de los barrios para obreros hechos por la Compañía. Ciento seis años de cavar de padres á hijos para el mismo dueño: ¡eh! ¿qué tal? Muchos burgueses no podrían hacer tan bien su propia historia.

—¡En fin, si se saca para comer!...—murmuró de nuevo Esteban.

—Eso es lo que yo digo; mientras se come, se puede vivir.

Nuevamente guardó silencio, dirigiendo la vista al barrio de los obreros de que había hablado, y

en el cual empezaban á verse algunas luces. Daban las cuatro en el reloj de la torre de Montson; el frío era cada vez más intenso.

—¿Y es muy rica la Compañía?—replicó Esteban.

El viejo levantó los hombros, y luego los dejó caer lentamente, como anonadado bajo el peso del dinero.

—¡Oh! ¡ya lo creo! Quizás no lo sea tanto como su vecina la Compañía de Auzin. Pero así y todo, tiene millones y millones. Ni siquiera sabe cuántos. Posee diecinueve minas, de las cuales trece están dedicadas á la explotación, *La Voreux, La Victoria, Crevecoeur, Miron, Santo Tomás, La Magdalena, Tenhy* y otras cuantas; y seis dedicadas á ventilación y desahogo, como *Requillart*, por ejemplo... Diez mil obreros, concesiones que se extienden por sesenta y siete distritos diferentes, cinco mil toneladas de hierro diarias, un ferrocarril, que pone en comunicación unas minas con otras, y talleres, y fábricas... ¡Oh! ¡Ya lo creo que tiene dinero!

El rodar de unas carretillas por los rails hizo empinar las orejas al caballo tordo. Sin duda habrían compuesto el ascensor ya, porque los obreros trabajaban de nuevo.

El carretero empezó á enganchar el caballo para seguir sus viajes á la boca de la mina, mientras le decía por lo bajo y lentamente:

—No hay que acostumbrarse á gandulear, como ahora, bribón... ¡Si el señor Hennebeau supiera!...

Esteban, pensativo, contemplaba la oscuridad. De pronto preguntó:

—¿De modo que la mina es del señor Heunebeau?

—No—replicó el viejo.—El señor Hennebeau no es más que el Director general. Le pagan como á nosotros.

El joven indicó con un gesto la inmensidad de las tinieblas, mientras preguntaba:

—¿Pues de quién es todo eso?

Pero *Buenamuerte* estaba sofocado por un nuevo golpe de tos, y no podía respirar. Al fin, cuando pudo escupir, y se limpió los labios con el revés de la mano, contestó, gritando para poder ser oído á pesar del estruendo del viento, que cada vez era más fuerte:

—¡Eh! ¿Que de quién es todo eso?... No se sabe... de los accionistas.

Y con la mano señalaba en la oscuridad un punto vago, un sitio ignorado y lejano en que habitaban aquellos para quienes estaban trabajando Maheu y los suyos desde hacía más de un siglo. Su voz había tomado un acento de temor religioso, como si hubiera hablado de un tabernáculo inaccesible, donde se adorara al ídolo á quien daba su vida, y al cual no había visto jamás.

—Pero, en fin, si se tiene el pan que se necesita...—repitió Esteban por tercera vez, y sin transición aparente.

—¡Ya lo creo! ¡Si se tiene siempre el pan, podemos darnos por contentos!

El caballo había echado á andar, y el carretero desapareció tras de él, arrastrando los piés como un inválido. Junto al montón donde se vaciaban las carretillas, el obrero ocupado en aquella faena se acurrucó otra vez con la barba entre las rodillas, y fijando en el vacío sus ojos sin expresión, como si no hubiera advertido siquiera la presencia de un extraño.

Esteban recogió su paquete, que había dejado en el suelo; pero no se marchó aún. Las ráfagas de viento le helaban la espalda, mientras que tenía el pecho achicharrado por el calor de la hoguera. Quizás, de todos modos, haría bien en dirigirse á la mina: tal vez el viejo no sabía lo que pasaba: además, se resignaría y aceptaría cualquier faena. ¿A dónde iría, ni qué iba á hacer en aquella tierra donde no había más que hambre y miseria? ¿Había de dejarse morir como un perro callejero? Sin embargo, le turbaba cierta vacilación, cierto temor que sentía al pensar en *La Voreux*, casi oculta por la oscuridad, en medio de aquel inmenso llano. El viento era cada vez más fuerte. En el azul del cielo no se veía brillar ninguna luz; solamente los hornos se distinguían en medio de la oscuridad, pero sin iluminar el llano. Y *La Voreux*, entre tanto, metida en aquel precipicio, respiraba cada vez con más fuerza, silbando con fatiga, como si fuese trabajosa la digestión de la carne humana que tragaba todos los días.



II.



El barrio de que hemos hablado, y que se llamaba de los *Doscientos cuarenta*, dormía en medio de la oscuridad.

Distinguíanse vagamente los cuatro inmensos cuerpos de edificio que formaban las casitas, presentando el aspecto de un cuartel ó un hospital, geométrica, paralelamente colocados, y divididos por tres calles muy anchas, flanqueadas de unos jardinillos perfectamente iguales. Y en la desierta planicie que se extendía delante del barrio, no se oía más que el silbar desesperado del viento, y el crujir de puertas y ventanas.

En casa de los Maheu, en el núm. 16 del segundo cuerpo, no se había movido nadie. Espesas tinieblas envolvían la única habitación del primer piso, como abrumando bajo su peso el sueño de los seres que se adivinaban allí, amontonados, con la boca